

finos mientras el plano de varias profundidades de montañas y valles se proyecta inmóvil y luminoso. Tierra de cumbres donde el delirio incongruente suele suplantar a la creadora imaginación.

Y tan profundo es el mal de la montaña; tan intensa y sutil esta dolencia de la altiplanitis que ni los hombres ni las civilizaciones aciertan a acabar su tarea en esta tierra de la meseta. Y así yo, ahora que hago esfuerzos para vencer este primer ataque de una altiplanitis que en algunos se hace crónica, no atino a terminar este artículo; ni es terminable el asunto de la antiplanitis.—JOSÉ VASCONCELOS.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

La América nueva

LA inquietud que empuja a las nuevas generaciones deriva, entre nosotros, ante todo, de la incertidumbre y de la desorientación ante la era que se abre.

La guerra de 1914 no es solamente una línea de partida para fijar la edad de los nuevos acontecimientos o un punto de apoyo para asentar el compás histórico al trazar la curva de un nuevo ciclo humano. Es un terremoto que dejó en el campo de las ideas más ruinas aún que en el reino material. Y esta remoción, como ciertos ecos que superan al mismo ruido que los originó, ha repercutido acaso más hondamente en los pueblos que no tomaron parte en la conflagración.

De aquí el desconcierto general que se advierte en nuestra América. De aquí la negación afónica. De aquí el ansia nebulosa de ignotos futuros. Mirando desde lejos, las perspectivas se recortan más netas, y es más intolerable la falsía de los telones pintados. Así se ha producido una hecatombe de axiomas. Así surgen, sin ilación, a veces contradictoriamente, las direcciones fragmentarias, los primeros pilotes de la nueva construcción.

Sin saber lo que viene, la juventud adivina, como los pájaros, por el sutil desplazamiento del aire, la sombra, o la luz, que se acerca. Y este estado de espíritu, que refleja hasta sobre el arte balbuciente inesperadas reverberaciones, plantea con franqueza el conflicto entre las fórmulas que se van y la realidad que viene.

Se tiene, en el orden interior, la evidencia de una organiza-

ción social inoperante y, en el orden exterior, la revelación de una política internacional empírica.

Por encima de todo, se comprueba una bancarrota universal de «hombres de estado». Las mismas excelencias de las personas, cuando existen, se tornan negativas desde el instante en que no se ajustan al ritmo del actual estado de cosas. No se necesita gran perspicacia para descubrir que en la mayoría de nuestras repúblicas se ha roto el enlace entre la conciencia social y los engranajes que aspiran a conducirla.

¿Cómo no advertir que muchos procedimientos que antes parecían la última palabra de la habilidad diplomática, de la economía política, de la habilidad en el gobierno, van resultando anacrónicos? Prisioneros de una concepción tardía, los profesionales de nuestra política no comprenden, sin embargo, de dónde viene el obstáculo que burla sus intenciones. El taladro no horada el granito. La locomotora no arrastra los vagones. La droga no opera sobre el enfermo. Fogueados en todos los combates de la intriga, se asombran ante el fracaso de sus previsiones, como un astrónomo ante una oscura rebelión de los planetas.

Es que ha cambiado el medio. Lo que fué en cierto modo ciencia experimental aplicable a nuestra barbarie, resulta vano curanderismo desde el instante en que no se aduna con la verdad nueva. Pese a los engrimientos actuales, el sociólogo que observa, tiene la absoluta certidumbre de que en las repúblicas del Sur habrá en los años que vienen, con o sin la anuencia de los gobernantes futuros, una inevitable renovación.

No se ha de atribuir este fenómeno a una inteligencia limitada de los dirigentes. No fué la incapacidad lo que impidió comprender a nuestros hombres el resultado de los errores iniciales. Pero antes que pensadores, patriotas o gobernantes, fueron, en la mayoría de los casos, competidores ansiosos de descollar. Dentro de la brega lugareña, pugnaron exclusivamente por ser actores principales. Lejos de confesar sus verdades, de gritar sus críticas, de dar libre salida a sus previsiones para el porvenir, se afanaron por parecer cautelosamente equidistantes, se dedicaron a lisonjear a los triunfadores de la hora, cerraron los ojos ante cuanto hubiera podido complicar el juego infantil de sus esperanzas y se ajustaron a las inmediatas preocupaciones del día, sacrificando lo durable a lo efímero, la gloria al éxito, y como consecuencia lógica, el bien final de la patria al encumbramiento personal.

En balance final, fueron los ideales minúsculos los que obstaculizaron el florecimiento de nuestras repúblicas. En la at-

mósfera disminuida de las querellas de partido, y las ambiciones estridentes de regímenes que querían usufructuar la nación antes de crearla, se anemió la savia que la colectividad, como las plantas, traía dentro de sí, la vida que pudo fructificar tropicalmente por poco que hubiera un cultivo favorable.

La agitación infecunda de los hombres y el desarrollo precario de las colectividades no se ha de atribuir, pues, a una capacidad restringida de la raza, ni a una menor aptitud para concebir y realizar lo que en el mismo lapso alcanzaron otras colectividades. Lo que faltó en América fué una dirección superior inspirada en altos propósitos colectivos, es decir, una hábil gestión para utilizar la fuerza del conjunto.

De aquí deriva la inquietud que trae en su corazón la juventud espiritualmente rebelde, casi irrespetuosa, enmarañada, que estamos viendo surgir de pronto en todas las capitales de nuestra América. Por encima de las palabras y de las doctrinas sólo hay un gran fervor de regeneración, un ansia de contribuir al advenimiento de la América Latina nueva que ha de salvar todos los peligros y ha de imponerse al porvenir.—MANUEL UGARTE.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

José María Eguren

DE las generaciones intelectuales del Perú ninguna figura ha crecido tanto en la poesía como la de José María Eguren, porque este poeta es el único que ha logrado alcanzar la más pura expresión de la poesía en un lenguaje que parece que recién emergiera de las fuentes mitológicas. Ningún otro poeta ha tenido una situación tan precisa y tan lógica en el arte. Siempre equivocaron los caminos que tiende la poesía entre la pureza y el hombre, para que de éste se desprenda el poeta, como en la evasión de las almas sublimes de los cuerpos deformes, y lleve su tránsito a una altura de la tierra en que pueda batir las alas sin temor de mancharlas ni de rasgarlas.

La verdadera poesía obliga a la evasión del espíritu franqueando las puertas de los prejuicios de moral, religión o doctrinas revolucionarias que encarcelan el alma y la privan de su libertad de cielo, de su alejamiento de toda lógica humana, de toda matemática. La poesía está formada de realidades ilógicas, de fenómenos abstractos, de representaciones del sueño,